

# Celia Castro: Luz, fuerza, realismo

VIRGINIA VIDAL\*

Celia Castro, considerada “la primera pintora profesional de nuestro país, es decir una personalidad que no tuvo otra meta en su agobiada existencia que el ejercicio desinteresado del arte, al que se entregó con toda su alma”, de acuerdo con Eugenio Pereira Salas, a fines de este siglo y a comienzos del nuevo milenio, está clamando por la más plena revaloración de su arte.

Doña Celia Castro nació en Valparaíso en 1860 y murió el 19 de junio de 1930. Casó con el doctor Ramón Allende Padín (1845-1884), destacado impulsor de las medidas favorables a la higiene pública y la beneficencia, parlamentario, presidente de la Sociedad Médica. Su hijo Salvador Allende Castro, abogado, casaría con Laura Gossens Uribe y engendraría a Salvador Allende Gossens, nacido el 26 de junio de 1908 en Santiago. Ese mismo año la pintora fue becada por el gobierno chileno para irse a París.

La joven viuda se había entregado por completo al oficio artístico dando muestras de una vocación indiscutible a lo largo de su vida. Estudió bajo la orientación de Pedro Lira, quien también tuvo a otras discípulas muy destacadas: Magdalena y Aurora Mira.

Bajo la presidencia de Domingo Santa María se realizó la Exposición Artística Nacional de 1884, en el Palacio de la Exposición de la Quinta Normal, donde se hallaba el Museo Nacional. En esta ocasión figura por

\*VIRGINIA VIDAL: Crítica de arte. Novelista. Destacada dirigente de la Sociedad de Escritores (Sech).

primera vez Celia Castro, la primera entre los segundos premios. Es interesante conocer la relación del historiador Hernán Rodríguez Villegas, que permite apreciar a las más notables figuras de las artes visuales que configuran el período en que se desarrolló Celia Castro:

Se planteó esta exposición como Sección de Arte Chileno de la tradicional exposición de septiembre, que seguía realizándose con envíos de artesanos, profesionales e industriales”. En octubre se inauguró la muestra en el costado sur del Museo. Al mes siguiente, la Comisión de Pintura y Dibujo, integrada por Juan Bainville, Francisco Javier Mandiola, Carlos de Mendeville y Enrique de Putrón, dio a conocer las recompensas de la exposición. Obtuvieron primer premio Pedro Lira, Magdalena Mira y Ramón Subercaseaux. Segundo premio, Celia Castro, Nicolás Guzmán, Cosme San Martín, Juan de Dios Vargas, Pedro León Carmona, Enrique Swinburn, Aurora Mira, Enrique Lynch, Juan Francisco González, Pascual Ortega, Tadeo Gálvez y Ernesto Molina. La exposición fue comentada, entre otros, por los críticos de arte Vicente Grez, Enrique Gaona y Luciano.

El crítico Diógenes en esa época afirmaba: Celia Castro “ha conseguido sobreponerse a los artistas de profesión en el género que ha escogido. Sus naturalezas muertas son admirables. Los inteligentes habrán saboreado con fruición aquellas frutillas, aquella sandía y aquel melón en que hay tanta verdad y tan intensa riqueza de color” (*El Taller Ilustrado*, 20-1-1884).

Esta pintora digna de ser revalorada es una de las primeras artistas chilenas que se destaca por su obra y actitud de gran independencia. Rompe con todos los cánones de su tiempo. Entonces fue plenamente considerada en el medio artístico con “Las playeras”, hoy en el Museo de Talca, y se presentó en el Salón Oficial de 1884.

Al año siguiente, en los primeros meses de 1885, Pedro Lira con algunos amigos fundó la Sociedad “Unión Artística” (fueron los accionistas: Pedro Lira, Ramón Subercaseaux, Luis Dávila, Adolfo Ortúzar, Manuel Rengifo, Gregorio Mira, Alberto Edwards, Francisco Undurraga, Pedro Herzl, Alfredo Valenzuela Puelma, Onofre Jarpa, Rafael Correa y Salvador Castro). En junio de ese año hizo un contrato con la Sociedad Nacional de Agricultura para construir un local para exposiciones de arte en la Quinta

Normal; esto fue refrendado por el Presidente José Manuel Balmaceda. El local se llamó el Partenón y fue inaugurado el quince de noviembre con el Salón de la Unión Artística. Fue considerada la tercera exposición de pintura chilena.

El joven y brillante Pedro Balmaceda Toro (1868-1889), verdadero precursor de la crítica literaria y de la crítica de artes plásticas, al comentar el Salón de Santiago de 1888, afirmaba:

Las exposiciones de pinturas de estos tres últimos años manifiestan el visible adelanto del arte en Chile, el arte que siente el temperamento de nuestros artistas meridionales, sin ninguno de los exclusivismos de una tradición, de una escuela, de un museo; ese arte que ha vivido en la naturaleza, en el ambiente de las montañas, en el turbión de los ríos, en las hondonadas de los valles, impregnando a los pintores de esa savia moderna que observa la belleza en todas partes, donde quiera que vean los ojos, que sienta el corazón; este arte chileno, que tiene algo de la sencillez idílica del Giotto, algo de la energía fortificante de los perfumes campestres; que se ha desenvuelto, como una muchacha campesina (...) es fuera de duda que nuestros pintores abandonan ya el período de iniciación para entrar de lleno, con alas propias, en la ancha carrera de la producción artística, allí donde el hombre crea, donde la imaginación concibe, donde los actos todos de la vida tienen un sello peculiar, la nota de la originalidad, del sentimiento. Por eso, si hubiese de caracterizar la pintura chilena en algunos de los cuadros de nuestros pintores, ya sea por la novedad de la factura, por ese aire que me imagino ha de tener el arte en cada país, según sea su clima y sus condiciones sociales escogería por ejemplo, "El podador", de Celia Castro, con su crepúsculo de ópalo disuelto en rosas (...).

Su ojo sagaz y su sensibilidad le permitían advertir una característica renovadora:

Lo que llama la atención en nuestros artistas es el colorido, esa tendencia a derrochar la luz en todas las combinaciones imaginables, hasta en sus matices más dudosos y menos comunes; estudian (...) el paisaje soleado, la figura al aire libre, la caprichosa puesta de sol, con la conciencia y la fe de los temperamentos latinos, que viven bajo un

clima benigno y delante de una naturaleza espléndida y hasta soñadora.

Balmaceda Toro mencionaba también a Valenzuela Puelma y a Onofre Jarpa, asegurando:

... todos nuestros artistas tienen una pequeña dosis de opio, fantástica, alucinadora, llena de enigmas y de sueños, que pone en medio de la observación rigurosa su dejo de idealidad y de nostalgia.

Elegida por su maestro, junto a otros pintores chilenos, Celia Castro viajó a Europa en 1889, donde participaría en la Exposición de París, con motivo del centenario de la Revolución Francesa. Más tarde vuelve a exponer en los salones franceses y también en 1904, en la Sala Latinoamericana de Bellas Artes de París.

De su estancia de más de veinte años en Europa, resultan obras como “Techos de París” y “Techos nevados de París”, con edificios elegantes de evocación gótica. Regresó en 1927 con su salud quebrantada y se radicó en Valparaíso.

Celia Castro obtuvo la primera medalla en la Exposición Municipal de Valparaíso. En 1889 fue galardonada con el diploma especial de honor y la tercera medalla en la Exposición Universal de París.

La pintora Celia Castro sabe dominar la reciedumbre, la simplicidad y la ternura, como se aprecia en “Conejito”. Ama la naturaleza potente, de ello dan testimonio sus “Uvas”: cuelgan de la rama viva, acaparan la luz y los granos se tornan incandescentes reflejando el rosa moscatel y el azul malva velado de esporas, mientras las hojas de parra se iluminan al trasluz.

Obras suyas pueden apreciarse hoy en varios museos del país: en el Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago, en el Palacio Baburizza, Cerro Alegre, Valparaíso y en la Universidad de Concepción, cuya Pinacoteca considera entre sus tesoros el óleo sobre tela: “La poda”.

En “La poda”, su figura central es un jardinero encaramado en un árbol, modelo de equilibrio. Se puede apreciar este óleo sobre tela en la Sala Tole Peralta de la Casa del Arte de la Universidad de Concepción, donde están algunas de las joyas del arte nacional; está enmarcado sobriamente con madera dorada y un paspartout como pasamanería orinegra.

Prodigio de equilibrio tenso, “La poda” capta un momento específico

del empeño del ser humano por dominar la naturaleza y ponerla a su servicio. La poda es preanuncio de primavera florida y de verano frutoso. Con la intervención del hombre, los frutos no serán tan abundantes, pero tendrán calidad superior. En una atmósfera melancólica dada por la vasta gama plateada, un hombre y una mujer trabajan concentrados en su tarea.

El protagonista del cuadro es un árbol en primer plano; a la izquierda –en la orilla de la tela se asoma un tercer árbol aún no podado– asciende el tronco como señalando la armonía áurea al delimitar el primer tercio del óleo sobre tela, y se curva como un hombre agobiado.

En un nudo de la axila del árbol se apoya el pie derecho del podador que se equilibra y se asegura afirmando el pie izquierdo, flectada la pierna en el nacimiento de otra rama. La mano izquierda se sujeta de una vara erguida, mientras la mano derecha, muy asida la tijera de podar, corta una ramita en el ápice.

Del rostro tapado por el brazo que poda, sólo se distinguen parte de la oreja y la sien. Ese rostro dirige su mirada hacia arriba, mas a la rama, no al cielo.

Por efecto de la posición forzada, el cuerpo se yergue echándose hacia atrás. El podador, camisa blanca y chaleco pardo como el pantalón, ha de tener muy calado el sombrero de paja, pero parece equilibrarse como indicando que no hay brisa. El segundo tercio está delimitado por un árbol abierto en Y, ya podado. En el tercer tercio se inclina una joven como siguiendo la curvatura del primer árbol.

El suelo está cubierto de hojas en descomposición, casi humus, y de ramas cortadas. Todo indica que los árboles pertenecen a un huerto interior.

Arboles y figura femenina contrastan con la tapia pintada a la cal y rematada por tejas cuyos intersticios han permitido que broten unas hierbas. Este remate forma ángulo casi agudo con el tercer plano: más atrás hay otra muralla de tono más sombrío; corresponde a una casa o bodega y deja en evidencia la inclinación de su tejado.

El cuarto plano es el cielo. Este cielo de plata se ilumina por tenues celajes rosados. De manera magistral lo describió Pedro Balmaceda Toro: “Un cielo de ópalos derretidos”. Celia Castro logró formidable acierto al dar la tonalidad exacta de un día de invierno chileno; uno de esos días nublados, amenazador de lluvia, de temperatura casi tibia: esto se nota muy bien por la mujer en blusa y el hombre en mangas de camisa, sin más protección que el chaleco. Otra característica de semejante día invernal es la ausencia de brisa, que le permite al hombre conservar el sombrero.

La joven sujeta una rama en el momento previo al acto de apoyarla en una rodilla para quebrarla. El ademán sugiere el empleo que tendrá esa rama y también las otras: alimentar el fuego, ya sea para calentar la casa, cocinar los alimentos o lavar la ropa; de modo que la mujer completará el ciclo podar-quebrar-arder.

De su rostro se deja ver la nariz respingona y un pómulo. La cabellera castaña espesa parece estar atada por un pañuelo del mismo tono. Son justamente los tonos marrones y sepia los que prevalecen, en contraste con los matices plateados. Sólo la falda de la mujer tiene flores de colores, aunque parecen añejos, como si la pátina hubiera querido envejecer su vivacidad. Esta riqueza de tonalidades pardas—cabellos, ropaje, troncos, tejas, calzado, tierra húmeda, hojas marchitas conjugan los matices castaños—, acentúa el ciclo ser humano-tierra-invierno-trabajo.

Llaman la atención las manos de ella y las de él, manos formadas por el trabajo, muñecas gruesas, dedos eficaces para asir-se, para sujetar la herramienta que es su natural prolongación; resulta inevitable no asociar estas manos de *homo faber* a los estudios de casi un millar de manos que hizo más tarde Fernand Léger para sus cuadros de “Los constructores”.

Quienes la conocieron afirman que Celia Castro se caracterizó por su generosidad y gran capacidad de afecto. A sus clases asistieron artistas que después ocuparían destacado lugar en nuestras artes plásticas, como Roko Matjasic, René Tornero, Chela Lira, Jim Mendoza. La obra de Celia prevalecerá entre las pioneras dejando su herencia de luz, fuerza y realismo.

#### BIBLIOGRAFIA

- BALMACEDA TORO, PEDRO (A. de Gilbert). *Estudios y ensayos literarios*. Prólogo de Manuel Rodríguez Mendoza. Santiago, 1889.
- CRUZ DE AMENÁBAR, ISABEL. *Breve historia de la pintura en Chile desde la Colonia al siglo XX*. Editorial Antártica S.A.
- IVELIC, MILÁN - GALAZ, GASPAR. *La pintura en Chile desde la Colonia hasta 1981*. UCV, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1981.
- PETROX S.A. *Pintura chilena*. Casa del Arte. Universidad de Concepción, 1991.
- RODRÍGUEZ VILLEGAS, HERNÁN. *Exposiciones de arte en Santiago. 1843 - 1887, de: Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Fundación Mario Góngora, Santiago, 1992.



"Invierno", óleo sobre tela, 0.80 x 1.80 mts. (Salón de Intendencia Región del Bío-Bío).



"La Poda", óleo sobre tela, 1.50 x 1.20 mts. (Pinacoteca Casa del Arte U. de Concepción).



"La Poda" (Detalles).